

## ***Las enseñanzas del Maestro esloveno***

### **LA JUVENTUD DEL CORAZON: MANANTIAL DE ESPERANZA**

**Por María del Carmen Fernández<sup>1</sup>**

“La juventud del corazón se caracteriza por esta gran esperanza, por ese rasgo de novedad que lleva todas las mañanas a empezar de nuevo”.

Emilio Komar.

Prof. Dr. Emilio Komar. Un maestro de sabiduría encarnada a quien traemos a presencia desde nuestro espacio cósmico interior, en el cual hemos meditado en torno al tema de la esperanza, manteniendo la memoria encendida sobre esta temática desarrollada en dos seminarios, pertenecientes a los años 1971-1981.

La brújula orientadora que nos otorgaba para entrar en la espesura del misterio, desde nuestro claro-oscuro era la siguiente:

- **Recogimiento.** Re-unirse consigo mismo a través del silencio.
- **Abandono teórico.** Abandono a la verdad, dejando «hablar» a la misma.
- **Lectura e interpretación de lo real.** Hacia una penetración mayor.
- **Docilidad y sentido crítico.** Dejarse enseñar. Discernimiento.
- **Visualización de lo esencial.** Signo de una inteligencia realista.
- **Dejar madurar en silencio.** Meditar, meditar, meditar...como enseñaba el maestro.

---

<sup>1</sup> Profesora de Filosofía y Pedagogía por el Instituto Joaquín V. Gonzalez. Se define como, “Maestra de «alma» apasionada por com-partir en la docencia durante 43 años, algo de la verdad que ha visto con quienes quisieron ver la verdad por sí mismo. Dedicada al estudio especulativo de la Antropología Filosófica desde 1970”

## **1.- La esperanza: Pasión de lo irascible.**

La esperanza es una virtud sobrenatural. En el nivel natural es una pasión de lo irascible, un deseo de los bienes árdulos, difíciles, escarpados, que se obtienen mediante la lucha.

Es una pasión de la juventud, que tiene toda la vida por delante, y se entusiasma con el porvenir. Si esta pasión es ordenada, entra en la virtud. Aquél que la guarda, manteniendo su juventud espiritual, tiene también esta esperanza. Por ello, en la Liturgia, dentro del Intróito latino, hay un verso de un Salmo, que dice:

“Al Dios que alegra mi juventud”<sup>2</sup>.

En consecuencia, esta virtud natural es resultante de la esperanza sobrenatural. ¡Rejuvenece la vida, porque tenemos por delante la vida eterna! Nada se cierra, todo se abre...

Enseña E. Gilson en su libro El Tomismo:

“Íntimamente ligada al esfuerzo del hombre por vivir, por obrar, por realizarse, la esperanza pulula en el corazón de todos. Los hombres de edad y de saber, esperan mucho, porque su experiencia les permite emprender muchas tareas que a otro parecerían imposibles. Además, en el transcurso de una larga vida, ¿cuántas veces no ha visto producirse lo inesperado...? En cambio la gente joven, está llena de esperanzas por la razón inversa. Como tiene poco pasado y mucho porvenir, tienen poca memoria y mucha esperanza. El ardor de una juventud que aún no ha sufrido ningún fracaso, les hace creer que nada es imposible, en lo cual se asemejan a los ebrios y ciertos alienados. Incapaces de calcular, creen que todo es posible. Se los ve pues, tentar todo y aún a veces, acertar. Porque la esperanza es una fuerza. Un

---

<sup>2</sup> Salmo 42 (N. de E)

hombre fracasará por haber intentado sin convicción, aquello que no creía posible<sup>3</sup>.

La esperanza y su opuesto, la desesperación, la audacia y su opuesto, el temor y la ira, forman parte del grupo de pasiones del apetito irascible.

## **2.- El ‘aún no’ de la esperanza, propio del ‘status viatoris’.**

*Status viatoris* opuesto a *status comprehensoris*. Quién ha concebido, abarcado o alcanzado, ya no es *viator*, sino *comprehensor*.

La teología ha tomado esto de la Carta de San Pablo a los Filipenses: “Hermanos, yo no creo haber alcanzado el fin (*comprehendisse*)” (F1p 3,13).

Estar en camino, ser *viator* significa, señala Josef Pieper<sup>4</sup> caminar hacia la felicidad, haber comprendido, ser *comprehensor*, significa poseer la felicidad.

El hombre se encuentra in *status viatoris*, en la situación de quién está en camino. Ello indica la íntima constitución ontológica de la creatura. Es el íntimo y metafísico «todavía no» de lo creado.

Indica algo positivo y algo negativo:

El no ser de la plenitud, y el estar dirigido a su plenitud.

El concepto de *status viatoris* indica en un sentido particular, la íntima estructura de la creaturidad del hombre. El hombre no “es” ya su esencia, sino que “deviene” lo que es. Este carácter de devenir de lo creado se hace particularmente evidente en el concepto de *status viatoris*; en el «todavía no» del estar-en-camino se refleja, como en un espejo cóncavo, la tensión del “devenir” creatural (Przywara) entre las orillas del ser y la nada.

Ser creatura significa absolutamente “estar sostenido en la nada” (Heidegger); pero ser creatura significa además estar fundamentado en el ser

---

<sup>3</sup> Gilson Etienne. *El Tomismo*. Ediciones Universidad de Navarra, S, A Pamplona 1978.p.500.

<sup>4</sup> Cfr. Pieper Josef. *II Virtudes Teologales*. Bs.As.; Librería Córdoba. Bs. As. 2008. pp.83-89.

absoluto y estar dirigido existencialmente hacia el ser tanto hacia el propio ser, como hacia el ser divino<sup>5</sup>

Para el hombre, que experimenta en *status viatoris* su esencial creaturalidad, “el ser que todavía no es” de su propia existencia, sólo hay una respuesta adecuada a esta experiencia. (...) La única respuesta que corresponde a la verdadera situación existencial del hombre es la esperanza. La virtud de la esperanza es la primera virtud del *status viatoris*, es la virtud propia del «todavía no».

Es en la virtud de la esperanza que el hombre se afirma como creatura, como algo creado por Dios.

### **3.- Magnanimidad y humildad: virtudes que ordenan la esperanza.**

Enseñaba el maestro esloveno: tiene magnanimidad el que exige lo grande. El hombre tiene vocación para la grandeza. Pero para ser grande, hay que ser humilde.

Todas las virtudes van hacia lo grande. Ir hacia lo más perfecto, es ir hacia lo más grande.

La humildad es una actitud interior. El verdadero hombre grande es humilde. Ambas son virtudes de la esperanza.

Como observa Pieper<sup>6</sup> el gesto del esperar sensible-espiritual, que se eleva hacia el «todavía no» de la plenitud natural del hombre, está sobre todo, en cuanto materia, orientado a dos virtudes: a la magnanimidad y a la humildad.

La magnanimidad está arraigada en la confianza llena de fortaleza en las elevadas posibilidades que encierra en sí la naturaleza humana “maravillosamente creada y más maravillosamente restablecida” por Dios (*Missale Romanum*, II, 129, 3 ad 4).

Así la magnanimidad se hace cargo del impulso de la esperanza natural y la informa de acuerdo a la verdad del ser del hombre.

---

<sup>5</sup> Cfr, Santo Tomás de Aquino *De Potentia* 5,4

<sup>6</sup> Pieper Josef. Op.cit.pp 92-93.

La magnanimidad es, como dice Tomás junto con Aristóteles, “el ornato de todas las virtudes”<sup>7</sup> puesto que también y precisamente en lo ético se decide siempre por la posibilidad más grande de su poder ser.

Como se veía anteriormente, la humildad descansa en una decisión interior de la voluntad.<sup>8</sup>

La humildad no es principalmente una manera de relacionarse con los demás, sino la actitud del hombre en la presencia de Dios. Es el conocimiento y reconocimiento afirmativo de la distancia inconmensurable entre el Creador y la creatura. Es también como expresa Gertrud von le Fort, en un sentido muy preciso “la dignidad propia del hombre ante Dios”.

La magnanimidad pone a este esperar al corriente de sus verdaderas posibilidades. La humildad desvela, con la mirada puesta en la distancia infinita entre el hombre y Dios, lo limitado de esas posibilidades y la preserva tanto de una realización aparente como para la auténtica realización.

De la convivencia entre magnanimidad y humildad nace entonces el justo orden de la esperanza natural.

#### **4.- Dos maneras de perder la esperanza: la desesperación y la presunción.**

*Praesumptio* se traduce habitualmente por «presunción», aunque su castellanización mediante el término «anticipación», no sólo es más adecuada, sino que también indica muy exactamente su sentido. La *praesumptio* es la anticipación, contraria al ser, de la plenitud. También la desesperación es una anticipación: la anticipación, contraria al ser, de la no-plenitud: “Desesperar significa descender a los infiernos” (Isidoro de Sevilla, *De summo bono*, 2, 14; cit en II II, 20, 3)<sup>9</sup>.

Al explicar el tema de la presunción, el Dr. Komar hacía hincapié en algo que él siempre remarcaba en sus clases: “El que presume confía en algo

---

<sup>7</sup> *Suma Teológica*, II, II, 129, 4 ad, 3

<sup>8</sup> Cfr. II-II, 161, 1 ad 2

<sup>9</sup> Cfr. Pieper Josef. *Ibidem* p.104.

que «no» puede hacer». La consecuencia: salir de sus términos. Ahí recordaba a Federico Sciacca en su libro *El oscurecimiento de la inteligencia* cuando al hablar el autor sobre La positividad de las determinaciones del ente, decía: “Todo ente finito ‘se define’ y ‘se determina’ por lo que es, por su positividad, por lo que es, este ente y no otro. *Omnis determinatio* no es *negatio*, sino *affirmatio* dentro del indeclinable límite ontológico, determinación primera y afirmación también ella indeclinable de cada ente finito, al que son necesarios también sus otros límites para ser este ente”<sup>10</sup>. Explicitaba sobre esto que la autenticidad es ser lo que uno tiene que ser. No se puede ser auténtico si no se reconoce sus límites. Por ello, la presunción acompaña las actitudes no auténticas. Sin eliminar los elementos de la presunción no hay vida real.

El tema de la magnanimidad y la humildad abren al tema de la falsa anticipación de la plenitud, que es la presunción. Este tema surge después del rechazo del *bonum arduum*. Emprender más de lo que es posible lograr, es corrupción de la magnanimidad y de la humildad, virtudes de la esperanza humana.

La presunción desrealiza la esperanza sobrenatural, al no darse cuenta o no reconocer que la existencia terrena en *status viatoris*, es en un sentido preciso y auténtico, el camino para la plenitud definitiva, y considerar que la vida eterna es en el fondo algo ya alcanzado, algo en principio, ya dado. Allí desaparece la disposición del bien arduo, y en consecuencia no tiene sentido hablar de la esperanza. El verdadero progreso es penoso, e implica la aceptación de cierta inseguridad. Seguridad recalaba, significa liberación de la angustia, y en este mundo ello es difícil. La seguridad es relativa, por ello la vida del hombre es arriesgada. Querer tener seguridad absoluta, hace desaparecer el sentido de la esperanza. El núcleo y la esencia de la presunción, es como dice Agustín, una «perversa *secúritas*».

Por otro lado Pieper en la obra citada explica que con la desesperación, igualmente que con la presunción, se petrifica y se congela lo propiamente humano, que sólo la esperanza puede mantener en fluidez viva. Ambas

---

<sup>10</sup> Sciacca Federico, *El oscurecimiento de la inteligencia*, Gredos. Madrid 1973.p.35.

formas de falta de esperanza, son en sentido auténtico, no-humanas y mortales. Estas dos cosas producen la muerte en el alma: la desesperación y la esperanza pervertida. Hoy cuando se habla de desesperación, se piensa más en un estado del alma en el que uno «cae» casi contra su voluntad. Pero lo que aquí se entiende por desesperación es una decisión voluntaria. No un estado de ánimo, sino un acto espiritual. Por lo tanto, no algo en lo que se cae, sino algo que uno hace. Afirma Pieper que la desesperación es un pecado. Y es un pecado cuya característica sobresaliente es una particular insistencia y una actividad intensificada en el mal.

La esperanza dice: va a terminar bien. Más exactamente y con mayor propiedad: el hombre va a terminar bien.

A estos grados de autenticidad de la esperanza corresponden los de la desesperación. La forma propia de la desesperación dice: nosotros mismos, yo mismo, vamos a terminar mal.

La voluntad de quien espera, así como la de quién desespera, asiente a ellas y deja que determinen su obrar<sup>11</sup>.

El comienzo y la raíz de la desesperación es la acedia.

Según la teología clásica de la Iglesia, la acedia es una especie de tristeza<sup>12</sup> justamente de la tristeza ante el bien divino en el hombre.

Lo opuesto a la tristeza es la magnanimidad y esa especie de alegría que es fruto del amor.

La acedia es una humildad pervertida; no quiere aceptar los bienes sobrenaturales, porque por su esencia implican una exigencia para quien la recibe.

La acedia es, una auténtica huida de Dios. El hombre huye de Dios, porque Dios ha elevado al hombre a un ser superior, divino, y así lo ha ligado a una medida más alta del deber.

La acedia es lo que Kierkegaard ha denominado, en su libro sobre la desesperación (*La enfermedad mortal*), “la desesperación de la debilidad”,

---

<sup>11</sup> Cf. Pieper Josef. Ibidem, pp.104-105.

<sup>12</sup> *species tristitiae* I-II,35,8 II-II,35

que sería un nivel previo a la auténtica desesperación y que consistiría en que alguien “desesperadamente no quiera ser él mismo”<sup>13</sup>.

Decía el Dr. Komar: “La acedia es un vicio de vejez vital”.

Por ello frente a esto, como se cita en el comienzo de esta reflexión, la juventud del corazón se caracteriza por esta gran esperanza, por este rasgo de novedad, que lleva todas las mañanas a empezar de nuevo. En palabras de Louis Lavelle: ¡Ver las cosas nacer!

Esto supone un giro fundamental que lleve al hombre a:

## **5.- ¡Quedarse en el corazón!**

“La resistencia es el efecto de la consistencia”.

Emilio Komar.

El corazón...ese «vecindazgo entre el espíritu y la sangre», ese espacio cósmico interior, donde puede encontrarse consigo mismo con Dios, con el «otro».

Expresa San Agustín:

“Lámame de vuelta de mis andanzas erróneas, y yo volveré en mí y en Ti”.

Siempre al meditar en torno al corazón, vuelve a nosotros una poesía de los primeros años de Rilke, correspondiente al primer período: “El peregrino de Dios” del Libro de las Horas. Allí, al comienzo del libro imagina un monje que entra en sí mismo, volcándose al corazón, donde puede verse la obra del mismo, la única que puede llevar a Dios, el que está en las raíces de ese tronco, que siente ser el poeta. Verlo a Dios, dice San Agustín, supone el «ojo» del corazón. Solo se lo puede encontrar saliendo de la esfera de los sentidos. A ese Dios se llega «viendo y escuchando» a la Voz inaudible. En esa poesía hay una estrofa que dice así:

---

<sup>13</sup> Cfr. Pieper Josef. Ibidem.pp. 110-111.

“Tú, vecino Dios cuando a veces te molesto/ en las largas noches con golpes duros/ es porque rara vez te oigo respirar/ y sé que estás solo en el cuarto/ y si algo necesitas, nada tienes/ para alcanzar un sorbo hasta tu boca./ Yo siempre escucho, dame una pequeña señal/, estoy muy cerca.

Sólo un delgado muro existe entre los dos/ por azar, pues podría ocurrir que una llamada tuya o de mi boca/ lo derribara sin ruido alguno” (S.I,255)

Es un muro que distancia, pero que fácilmente puede ser derribado por una llamada de Dios, o del poeta<sup>14</sup>.

Este permanecer a la escucha, es el que permite el encuentro con Aquel que es ENERGEIA. Esa de la que expresa E. Stein: “Este aflujo vital me parece ascender de una Actividad y de una Fuerza que no me pertenecen, pero que llegan a hacerse activas en mí. La única suposición previa necesaria parece ser esta capacidad pasiva de recepción, que está en el fondo de la estructura de la persona<sup>15</sup>.

Y reflexionando sobre la interioridad del alma, dice: “El corazón es un verdadero centro vital. Designamos con esta palabra el órgano vital, de cuya actividad depende la vida corpórea. Pero solemos entender bajo este nombre, el interior del alma, porque el vínculo estrecho entre el cuerpo y el alma, no se puede percibir en ningún lugar con mayor claridad”.

Por ello el ser humano debe quedarse en su centro, porque como lo señala esta gran mujer del siglo XX: “En la interioridad hace eclosión la esencia del alma. Si el yo vive aquí en el fundamento de su ser, donde está de veras como en su casa y su domicilio, entonces experimenta en cierta medida, el sentido de su ser, y siente su fuerza recogida, antes que se reparta entre las potencias particulares de su alma. Y si vive desde allí hacia el exterior, vive esta vida plena y alcanza la cima de su ser”<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Mandrioni Hector. *Rilke y la búsqueda del Fundamento*, Bs.As., Guadalupe, 1971.p.263.

<sup>15</sup> Miribel Elizabeth. *E. Stein. Hija de Israel y Mártir de Cristo*, Madrid, Taurus, 1956.p.64.

<sup>16</sup> Stein Edith. *Ser finito y ser eterno*. México, FCE, 1996.p.451.

El corazón constituye el centro y la interioridad del espíritu. Es el espacio del sentimiento donde las cosas pierden sus figuras sensibles, espacio-temporales, para reagruparse en configuraciones interiores más profundas y reales.

En su libro Rilke y la búsqueda del Fundamento Monseñor Mandrioni hace referencia a un poema de Rilke, que lleva como título “Cambio” donde el poeta declara que la “contemplación” implica un límite. Y a continuación afirma que el “mundo más contemplado” quiere completarse y crecer en el amor. Dice allí:

“La obra de la vista está hecha,  
Haz ahora la obra del corazón” (S.II.83)

La presencia de un índice de interioridad espiritual no sólo constituirá la atmósfera de todas sus obras, sino que incluso, el ámbito invisible e inespacial del corazón, se convertirá en una especie de suelo ontológico del que surgirán y en el que reinarán las grandes figuras del último Rilke.

El oído es precisamente el sentido del corazón. Gracias a estos dos órganos, vista y oído, las vibraciones del cosmos fulguran, «fuera», en luz y colores, y resuenan «dentro», en timbres y armonías. El mundo en virtud del ver y el oír, como las páginas de un libro, se abre en dos para el espíritu humano. Gracias a ambos sentidos se vuelve posible la viviente circulación, por la que, la misteriosa riqueza de energías cósmicas, acaba glorificándose en forma de colores y música en el ámbito sentiente del espíritu encarnado. Y el espíritu se siente vivir dentro de un orbe de colores y sonidos que lo glorifican pero que él como no-color, como no-sonido, trasciende y domina.

Nada extraño que este predominio del oído sobre la vista traiga aparejada una creciente absorción del espacio exterior por el tiempo interior. Así Rilke dirá que, con pequeños pasos andan los relojes que señalan el tiempo objetivo “junto a nuestro día verdadero”. Este nuestro día verdadero consistirá en una especie de radicalización del tiempo por la que, todo lo que

es y será, persistirá, organizando en el espacio interior del recuerdo cordial<sup>17</sup>.

Esas 'energías cósmicas' atraídas por el oído cordial, son las que renuevan, rejuvenecen la vida del corazón, para continuar éste, siendo manantial de esperanza.

Ellas constituyen el alimento para renovar las fuerzas del alma, en el transcurso de su desarrollo. Recibidas las mismas, se desenvuelve en ella, una fuerza dispensadora de vida.

Pero para que esto sea posible, el hombre debe aprender a habitar consigo mismo, recogiénose en lo más profundo de su ser: el corazón. Permaneciendo en él descubrirá aquello que expresara San Agustín:

**“La fuente vence al sediento”.**

Ciertamente el hombre es un abismo para el hombre. Su interioridad es inagotable, insondable, inescrutable, por ello inmensamente rica si el ser humano la descubre entrando en ella.

En este sentido de lo hondo es posible la perspectiva de la esperanza. El corazón profundo tiene algo divino, que habla de 'un algo más'.

La experiencia de lo humano permite entender la tesis de Santo Tomás: “Al alma humana le corresponde la inmortalidad, como a la redondez el círculo”.

Pero eso lo puede ver aquél para el cual, la hondura del alma humana que se le reveló en esa tremenda abismanidad. Allí es posible la fuerza que es la esperanza. El Dr. Komar recordaba la experiencia relatada por Viktor Frankl en su libro *El hombre en busca del sentido* cuando en uno de sus párrafos dice: “...De vez en cuando yo levantaba mi vista al cielo y veía diluirse las estrellas al primer albor rosáceo de la mañana, que comenzaba a mostrarse tras una oscura franja de nubes. Pero mi mente se aferraba a la imagen de mi mujer a quien vislumbraba con extraña precisión. La oía contestarme, la veía sonriéndome, con su mirada franca y cordial. Real o no, su mirada era más luminosa que el sol del amanecer. Un pensamiento

---

<sup>17</sup> Cfr. Mandrioni Hector. Op.cit.pp158-159.

me petrificó: por primera vez en mi vida, comprendí la verdad vertida en las canciones de tantos poetas y proclamada en la sabiduría definitiva de tantos pensadores la verdad, de que el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el hombre<sup>18</sup>.

Aquí vemos por un lado con esta última afirmación, aquello que decía Rilke: “Este nuestro día verdadero, consistirá en una especie de radicalización del tiempo, por la que todo lo que es, persistirá en el espacio interior del recuerdo cordial”.

Ciertamente, en ese ámbito, nada se pierde, todo se conserva y sobre todo, esa presencia interior de todo lo que hemos amado se convierte en ese manantial de fuerza que renueva la esperanza. Bien marcaba el Maestro esloveno que ese libro es un triunfo del espíritu, frente a las fuerzas naturales.

El ‘refugio’. El ‘hogar’, era la hondura de su espíritu, que le permitía en medio de la muerte, poder afirmar: ¡A pesar de todo, sí a la vida!, y ello porque él continuaba al timón de su propia vida. Allí en lo profundo pudo refugiarse para recuperar esas energías exiguas, pero presentes que habitaban allí. Esto hace presente la expresión de Emilio Komar: “¡La resistencia es efecto de la consistencia!”

Esta es la vida del espíritu que puede re-nacer de sus propias cenizas.

## **6.- La vida del espíritu!**

“La alegría del corazón

es la vida del hombre”.

Eclesiástico 32.21-35.

Enseñaba el Maestro sobre ésto: La alegría del corazón proviene de un orden del alma, orden que surge como hemos visto, del encuentro del hombre consigo mismo, con Dios y con el ‘otro’.

---

<sup>18</sup> Frankl Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona: Editorial Herder, pp. 45-46

La consistencia se da en este ser cada día más semejante a sí mismo desde el vivir en unidad e identidad.

La alegría del corazón es la verdadera vida del espíritu que es sentido y vida, una vida llena de sentido, con palabras de E. Stein.

Es el sentido el que despliega la energía porque ha descubierto el valor. El sentido da la seguridad y de allí brota la vida.

El espíritu es fuerza, pero no una fuerza ciega, sino plena de luz. Esta vida llena de sentido es superabundante e irradiadora, el espíritu procede por irradiación, que es una forma de sobreabundancia.

Alguien expresó: “La aldea vive alrededor del justo”. Quien está en su lugar, apoyado sobre sus propios pies, irradia y atrae.

Recordemos aquel pasaje de La Transfiguración, cuando los discípulos le dicen a Jesús: “¡Señor que lindo es estar aquí!”

Levantemos tres o cuatro tiendas y quedémonos aquí.

Cuando alguien se aleja de su propio timón, se aleja de su vida espiritual.

Cuando está al frente del mismo posee esa fuerza que le permite emprender las grandes empresas. Y se sabe de haberlo cada uno saboreado, que la fuerza del espíritu se alimenta de la verdad objetiva. Es la enorme fuerza de la verdad. Por ello Edith Stein decía: “Mi ansia de verdad es mi única oración”.

La fuerza interior es la que permite la juventud del corazón, manantial de esperanza.

Ahora bien, la esperanza natural surge de la energía juvenil del hombre y se agota con ella. La juventud es causa de la esperanza, pues como la hemos visto, tiene mucho futuro y poco pasado. Pero al ir declinando la vida, el ‘aun no’ se convierte en lo que ha sido, la vejez se vuelve en el recuerdo hacia el ‘ya no’, en lugar de dirigirse hacia el ‘aún no’.

Sin embargo, en la esperanza sobrenatural, ocurre lo contrario, por ello debemos decir unas palabras sobre la misma.

## **7.- La esperanza sobrenatural.**

Leemos a Job:

“Aunque me quitase la vida,  
esperaré en El”.

La esperanza sobrenatural se fundamenta en una juventud mucho más esencial, ella otorga al hombre un ‘aún no’ que triunfa completamente, sobre el declinar de las energías naturales de la esperanza y no queda afectada por esto.

Da al hombre “tanto futuro” que el pasado de la más larga y rica vida, aparece por el contrario, como “poco pasado”.

La virtud teologal de la esperanza es la fuerza del anhelo hacia un «aún no» que se dilata tanto más inconmensurablemente, cuanto más cerca estamos de él.

La fuerza tensa de la esperanza sobrenatural, se derrama e irradia también, sobre las energías remozadas de la esperanza sobrenatural.

La juventud que la esperanza sobrenatural da al hombre, afecta al ser humano de una forma mucho más profunda que la juventud natural. La juventud fundada en lo sobrenatural, pero que repercute muy visiblemente en lo natural del cristiano que espera, vive de una raíz soterrada en una zona del ser humano, a la que no alcanza, las fuerzas de la esperanza natural. Pues la juventud sobrenatural deriva de la participación en la vida divina que nos es más íntima y próxima, que nosotros mismos. Por eso la juventud del hombre que tiende hacia la vida eterna, es esencialmente indestructible.

Es inaccesible a la vejez y a la desilusión: triunfa precisamente del declinar de la juventud natural, y de las tentaciones de la desesperación. Dice San Pablo: “Mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior, se renueva de día en día”. Pero no hay en la Sagrada Escritura y en el lenguaje humano en general una frase que resuene tan

triunfalmente a través de las lágrimas, la juventud firme frente a cualquier clase de aniquilamiento del hombre que espera, como la afirmación de Job:

“Aunque me quitase la vida, esperaré en El”.

Y leemos en Isaías: “Los que confían en El recuperan fuerza,  
y les crecen alas como de águilas,  
correrán sin fatigarse,  
y andarán sin cansarse”. (40.31).

Para ello fuertemente arraigado en el corazón el hombre podrá celebrar y así, caminar la fiesta de la vida, como dice uno de los sonetos a Orfeo, el corazón es el “lagar perecedero”, de donde mana un vino que los hombres jamás agotarán. El lagar es perecedero, pues el corazón carnal, sede pasajera del estremecimiento que la entonación laudatoria produce, un día dejará de latir. Pero el canto que brota del “Herz” (del corazón), jamás se silenciará<sup>19</sup>.

María del Carmen Fernández.

Enero 2016.

(Muy cercano a la celebración  
de la Fiesta del Fin sin Fin  
del ¡tan querido!, MAESTRO  
esloveno).

---

<sup>19</sup> Mandrioni Hector. *Ibidem*, pp.163-164.